

## LA ORIGINALIDAD Y EL PLAGIO.

### I.

Sr. D. José Fernandez Bremon.

Muy querido amigo mio:

No pensaba tomar parte en la polémica que se ha entablado con objeto de disminuir la *dosis* de mi originalidad artística, cuestion que me tiene sin ningún cuidado. Pero habiendo recibido ese anónimo que le remito para que lo oche al fuego, y en el cual, algun amigo sin duda, con el objeto de desagaviarme, copia de un célebre autor moderno muchas ideas tomadas literalmente de mis obras, ideas que lo mismo pueden ser mías que de cualquier autor de aluayas, me decido á tomar la pluma para consignar mis principios literarios; y como los críticos que me han zaherido son más de dos, no nombro á ninguno de ellos, no por falta de respeto, sino porque alguno, andando el tiempo, tal vez me agradezca la delicadeza de esta reserva.

Salgo tambien de mi estudiado silencio, porque acabo de saber que la cruzada corsa emprendida contra mí se hace extensiva á otros muchos; y siendo esto así, necesito decir que, ántes que alguno de los ingenios superiores que se trata de hostilizar se vea en la necesidad de tener que tirarnos con desprecio á la cabeza, á los que nos ocupamos de estos chismes, el candil á cuya luz siniestra se elaboran tan mezquinas concepciones literarias, se sepa que el desautorizar á nuestros mejores talentos, no será una obra de critica, sino una accion mala, un delito de lesa nacion. Que se contenten con desacreditar mi nombre. Yo soy entre todos el que ménos vale, y además, como polemista viejo, estoy avezado á esta clase de mordeduras, y la costumbre de ser envenenado me ha hecho como á Mitridates invulnerable á las intoxicaciones. Vengan, pues, sobre mí todas las abominaciones de los que quieran maldecir el bien ajeno, porque aunque yo no las mereciese, como sí las merezco, la injusticia caerá sobre *varon constante*.

### II.

Y por si esta carta llega algun dia á ver la luz pública, empiezo por pedir perdon á la noble critica, á la que tantos favores he debido en el curso

de mi vida, por si consigno aquí algunas pedanterias inexcusables; pues el no contestar con altivez á ciertas malignidades, seria rebajar la dignidad de mi carácter.

Y entrando en materia, aseguro á usted que me creo digno de la inusitada generosidad con que ha salido usted á mi defensa, porque aunque el hecho de que se me acusa es cierto, el cargo es injusto. De algun tiempo á esta parte, todos los amigos que me ven componer saben que, al escribir versos, suelo trasladar de la prosa á la poesia muchas ideas de los libros que leo, de las personas de talento que me favorecen con sus conversaciones, de los oradores que oigo. Le puedo asegurar á usted que, muchos de los variados pensamientos que resaltan en algunas de mis últimas obras, son ideas ajenas trasportadas de la prosa á la poesia. En esas obras á mí no me pertenece por completo más que la verdadera originalidad que son los cuatro factores que constituyen el arte, la *invencion del asunto*, el *plan* de la composicion, el *designio filosófico* y el *estilo*. Y á esto me preguntará usted: ¿pues cuántos autores han podido existir ó existen en el mundo que les pueda pertenecer otro tanto en sus obras artísticas? Pocos ó ninguno. Y si han existido ó existen, ¿en qué país están? ¿cómo se llaman? A la falta de modestia de estas preguntas espero que nos contesten, no los autores, sino los inspiradores de los tizones literarios que, más que estigmas de descrédito, son, sin saberlo ellos mismos, acrisoladores de honras. Porque, aunque como usted indica, una Dolora, ó un Pequeño poema, no fuesen más que un mosaico de pensamientos ajenos, ¿qué parte quitarian á su originalidad? Ninguna. Para mí, en una obra de arte, vuelvo á repetir, lo que hay de importante es lo original de la *invencion*, lo *dramático* del asunto, la tendencia *final* y la *forma*, los cuatro elementos de mi sistema literario, lo que podríamos llamar las categorias artísticas de mi entendimiento, lo que denominaria un Kantiano *mis ideas necesarias*.

Y como cuando me veo maltratado por el demonio de las malas voluntades, se despierta en mí el demonio del orgullo, ántes que esta mala pasion se enfrie en mi cerebro, diré que esos cuatro factores, que yo he planteado como condiciones indispensables de todo arte digno de serlo, confío que sean en el porvenir apreciados por muchos artistas, despues que muera conmigo la antipatia que mi sis-

tema literario inspira á ciertos compositores insustanciales y entecos.

Pero vuelvo á pedir á usted, así como á la noble crítica, perdon por estas tontas vanidades mías, dichas sólo en el seno de la confianza, y prosigo diciéndole que, aunque lo agradezco mucho, hace usted mal en enfadarse con los azuzadores de los vivientes roedores que me echan en cara una cosa que he hecho con intento deliberado, y que, además, la he dicho públicamente para que todo el mundo la supiese.

Escribía yo lealmente hace tiempo en una polémica científica que se ha hecho bastante célebre: «Soy una pobre abeja literaria que busca alimento en todos los jardines cultivados por la inteligencia humana, y dando ménos importancia de lo que creen algunos á la *originalidad*, cultivo *el arte sólo por el arte*, y con el fin de *agrandar los límites del imperio* de la poesía, á falta de pensamientos propios, tomo los *ajenos*, etc., etc., etc.»

Después de esta confesion explícita, ¿es delicado hacer un misterio de lo que yo he dicho públicamente, y hacerme un cargo por aquello mismo de que yo he hecho un mérito?

Pero haciendo caso omiso de esta prueba de mal gusto, y ya que no se ha querido imitar la conducta de inteligencias más perspicaces que, aunque me son hostiles, con criterio más alto han prescindido de mis insinuaciones, despreciando el hecho que yo mismo les señalaba con el dedo, se lo perdono con tanto más motivo cuanto que me dan ocasion de decir, entre otras petulancias, la siguiente: que, no los que aparecen que escriben francamente contra mí, sino los que desde la sombra no dejan de estar suscitándome siempre malevolencias injustificadas, deben saber que como ninguna de las ideas principales ni accesorias de sus obras les pertenecen, el día que alguno les exija los títulos de propiedad de ellas, no les quedará *nada*. Y á mí, entre tanto, ¿qué me quedará, si renuncio á todas las ideas que compongan el cuerpo de mis libros? Siempre me quedará la *idea*, es decir, me quedará *todo*.

Yo bien sé que esta explosion de mi orgullo les parecerá á algunos una cosa insoportable, pero hay intemperancias de pasiones denigradoras que les debían parecer mucho más insoportables todavía.

### III.

¿Con que es un crimen poner la mala prosa de algunos escritores en buenos versos? ¡Váyase por el trabajo de degradacion que hacen tantos zánganos, poniendo en mala prosa las más excelentes poesías!

¿Qué poeta de un poco de conciencia lee en otro autor un pensamiento feliz, y, teniendo ocasion de añadirle, aunque no sea más que un solo epíteto que pueda perfeccionarle, no se lo añade sin vaci-

lar, entregándose por *amor al arte* á un trabajo de sublimacion; al contrario de algunos prosistas que, suprimiendo de las frases poéticas la palabra típica, descaracterizan las ideas sumiéndolas en los antros de un comunismo vulgar?

Es inhabilidad escribir prosa copiándola de la prosa, y trasladando las ideas de una forma igual á otra igual. Es ilícito deslustrar el verso convirtiéndolo en prosa, y bajando los pensamientos del más al ménos. Pero es meritorio transfigurar la prosa en verso, subiendo el tono de las letras del ménos al más. La idea prosáica es un mármol informe, al cual el ritmo le añade las líneas, convirtiéndole en verdadera obra de arte, en escultura.

Resultando, pues, que mis denigradores y yo transfiguramos pensamientos ajenos, yo para sacarlos á la luz y ellos para agazararlos en las tinieblas, ¿á quién pertenece la paternidad de las ideas secundarias que tomamos unos de otros? Por regla general, á nadie.

Vea usted la discrecion con que se atribuye á un eminente escritor algunas de las ideas que yo, con perfecto derecho, he tenido por conveniente poner en verso:

—«Ha muerto al amanecer; es la hora en que se suele morir.»

«Se pasó una mano por la frente como para apartar una nube.»

«Su boca tomó esa curvatura habitual que se observa en los condenados y en los enfermos desahuciados.»

«Sus manos se crispan y se cierran, y cogen al cerrarse la nada.»—Etc.

¡Oh ceguedad de la emulacion humana!

Y ahora pregunto yo: ¿estas citas se han hecho para llamar plagiarlo á Víctor Hugo ó á mí? Lo digo porque si Víctor Hugo, por observacion propia ó por intuicion de su genio, conociese estas manifestaciones hepáticas de la muerte, no sólo aparecería como un hombre de talento, sino que sería un verdadero adivino. Estas ideas es imposible que puedan ser suyas, pues las ha tenido que copiar indefectiblemente de un fisiólogo, y de un fisiólogo moderno. Desde Hipócrates, que empezó á determinar estas y otras señales características de la muerte, sólo hoy se han podido convertir en reglas generales, y para consignarlas en las obras de ingenio ha habido necesidad de copiarlas de los hombres de la ciencia. Estas ideas, por consiguiente, no son de Víctor Hugo ni de nadie; son conquistas de la civilizacion convertidas en patrimonio del género humano.

Pues ¿qué diremos de los pensamientos que se refieren á la moral universal, como

«las piedras sordas de que habla la Escritura,»

«la ira y la impiedad entran en el corazón del hombre desgraciado?»

De éstos sólo diré que, si yo tuviera también ¡horror! instintos de *espta* literario, podría citar lo ménos veinte pasajes de los cuales se han podido copiar al pié de la letra.

Otros pensamientos

«como el ruido de la colmena espantada,»

«sonriéndose con el dedo sobre los labios,»

son tan usados y vulgares que, á fuerza de repetidos, se parecen á las imágenes de la mitología, que nadie fija la atención en ellas. El último, sobre todo, que Víctor Hugo ha deslavazado en su prosa, como hace con las ideas de todos los escritores de la tierra, es una imagen pintorescamente expresada en una oda de nuestro Góngora, que termina:

«Dormid, que el Dios alado,  
De vuestras almas dueño,  
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.»

Este pensamiento, que tampoco es de Góngora, le pertenece exclusivamente por derecho de *mejora*.

Y una cosa parecida se puede decir de todos los demas.

¡Qué miserias! ¡qué miserias! ¡y qué miserias!

Ya sabe usted, mi querido Bremon, que he estado hace más de treinta años siendo objeto de las más implacables burlas por empeñarme en popularizar las *Doloras*, género antipático, como dice con gracia un crítico, porque son una obra de misericordia literaria *que enseña á pensar al que no sabe*. Aceptado al fin el género, me propuse probar á la escuela que más las ha combatido, que no sólo el fondo de sus obras era el vacío, sino que el lenguaje poético oficial en que escribía era convencional, artificioso y falso, y que se hacía necesario sustituirlo con otro que no se separase en nada del modo comun de hablar. Para mí la mejor poesía es la prosa más pura, sin más que añadirla el ritmo y la idea, ritmo é idea que, muchas veces, como se ve en algunos de los pensamientos que yo he tomado de varios autores, ni siquiera hay que alterar en ellos una sola palabra para que sean unos excelentes versos. La cuestión ahora consiste en saber si las frases y versos que yo con afectada franqueza he tomado de los prosistas, tienen ó no tienen perfecta dicción poética. ¿Son malos? Entónces la prueba es mala. ¿Son buenos? En este caso queda probada una cosa que yo había intentado inútilmente hace mucho tiempo, y es que la prosa más sencilla es la poesía más sublime. Pero es, me dicen ahora, que la prueba de la bondad de su sistema puede perjudicar á la opinión de su originalidad. Y á mí ¿qué me importa dar un poco de lo que tanto me sobra, y que á menudo conozco que me perjudica, por conseguir el triunfo de mis ideas? ¡Qué mueran un mal poeta como yo y que se salve la buena poesía!

Y además que, aunque lo hecho de intento no lo fuera, el resultado siempre sería el mismo, porque el querer exigir la absoluta novedad en los pormenores de un poema es una pretension tan absurda que raya en lo imposible.

Por ejemplo: el día que he tenido que describir á una polaca, mujeres cuya sola presencia, segun la frase de un médico, «*constipa*,» cómo lo había de hacer, sin leer primero á los fisiólogos que las describen y copiar despues sus *ideas al pié de la letra*, si yo en toda mi vida me he visto, y lo siento, á los blancos piés de ninguna paisana de Sobieski?

Pero ¡Dios mio! en mis obras, donde los asuntos están tratados á millares, ¿no hay más cosas que criticar que unos pensamientos sueltos tomados con intento deliberado; pensamientos que son más difíciles de injertar que de pensar, y que no siendo más originales que los míos, sólo sirven de cuñas para rellenar los intersticios de las piedras de construcción? ¿Qué crítica es esa que niega á un autor el título de originalidad porque se aprovecha de las informaciones, los datos estadísticos, las frases aceptadas, las ideas corrientes, los refranes vulgares, todo eso, en fin, que, en el lenguaje oficial, se llama las *entrañas del expediente*, y que constituyen el fondo y caudal de toda obra humana, y que ningun autor de ideas generales puede dejar de tener presente como un legado de la tradición?

¿Qué se diría de un necio que en tiempo de Cervantes, desconociendo la parte simbólica del *Quijote*, y no dando importancia á la trascendencia filosófica con que allí se da muerte á la sociedad antigua y se hace nacer la nueva, fuese extractando todos los refranes, las ideas tomadas de los libros de caballería, las frases vulgares hechas que corrian en tiempo del autor, y nos dijese que este era un plagio porque no eran de él las cuatro quintas partes de su libro único? Diríamos que era un empirico en su manera de ver, y un grosero en su manera de obrar.

¡A la idea! ¡a la idea!

¿Qué me importan á mí las inquisiciones hechas en pensamientos aislados, con objeto de despojarme de toda originalidad, si, despues de aceptadas las denuncias, resulta que son en mí originales todas las ideas madres, el cuadro, disposicion y filosofía de los asuntos? Francamente, en este espejo colocado delante de mí para mostrarme mi deformidad, me veo ménos pequeño de lo que yo creía, y en esta parte tengo más que agradecer á las censuras de mis detractores que á las lisonjas de mis amigos. ¿Es posible que en el variado cúmulo de mis construcciones ideales no haya una sola que no sea más que mia, y solamente mia, sin que yo, como lo hacen los más grandes escritores, no haya imitado á

nádie? Esto sería una maravilla, y, si esto fuera posible, ¡no sé cómo podría resistir mi humilde personalidad literaria el peso abrumador de tanta originalidad!

## IV.

Y ahora, dejando estas razones de carácter puramente personal que á nádie importan nada, incluso á mí, pasemos á consideraciones más generales y de un orden superior.

Yo sostengo con la convicción más profunda, y para que sirva de norma de conducta á los jóvenes que me sucedan, que en poesía no hay plagio posible, que las ideas son propiedad del que mejor las expresa. Y si esto sucede de poeta á poeta, cuando las ideas se sacan de la prosa se puede decir lo que Shakspeare cuando le acusaban de plagiarlo: «Yo saco á una joven de la mala sociedad para introducir la en la buena.»

Sostener la teoría contraria, sería lo mismo que querer impedir á un arquitecto que exteriorizase sus pensamientos con piedras recogidas del arroyo.

El capitán Matwin, que con tanto interés ha descrito algunos años de la vida de Byron, refiere varias conversaciones, y entre ellas recuerdo las siguientes ideas emitidas por éste al contestar á la frecuente inculpación de plagiarlo que le dirigían sus enemigos:

—«No soy plagiarlo, decía Byron. Cuando he hallado alguna idea ó alguna frase que me ha *convenido* la he puesto en el lugar que debía. Pero sepan mis adversarios que si no las hubiese hallado ya escritas en otras obras, he tenido bastante ingenio, originalidad é *intelecto* para inventarlas. No tengo yo la culpa de que otros me hayan precedido, y ojalá que los que vengan despues de mí sepan hacer con mis ideas lo que yo he hecho con las de otros: darles buena compañía y realzarlas con las mías.»

Hablando sinceramente, me parece una cosa impropia de lo que Byron llamaba su *intelecto*, y ajena además á la virilidad de su carácter, el dar satisfacción á nadie de sus apropiaciones literarias, poniendo casi en duda el imprescriptible derecho que tenía para hacerlo. ¡Luégo se llama altivo al pobre Byron, que se rebajaba de este modo á dar explicaciones al eterno reptilismo de los Zoilos de las letras!

Hasta en nuestros días, Chateaubriand se queja del mismo Byron porque copiaba de él páginas enteras sin citarlas, y porque embecía en sus obras poemas completos de otros autores, como el célebre soneto á *Italia*, etc., etc. Y Chateaubriand no tenía razón ninguna. ¿De cuándo acá se puede poner en duda el derecho de un versificador como Byron para convertir en brillantes pulimentados

con el ritmo los diamantes en bruto de la prosa?

Byron podía y hasta debía citar á Chateaubriand con lealtad, puesto que á éste la cita le hubiera sido agradable; pero Chateaubriand no debe quejarse porque Byron haya convertido en más excelente poesía su muy excelente prosa, porque con el ritmo haya puesto alas para volar á su lenguaje terreno, porque con la varita mágica de la poesía sus ideas humanas las trocase Byron en pensamientos divinos. El ritmo es la espada de Alejandro, que hace propios y sagrados todos los terrenos que conquista. El caudal prosaico de la literatura, de las ciencias y de las artes, es el inmenso arsenal donde un artista, verdaderamente digno de serlo, tiene el derecho de acudir para vestirse de todas armas con el objeto de combatir por la honra de la señora de sus pensamientos, por la belleza de la dama de su ideal. El no reconocer este derecho no es querer que haya poetas, sino jímios literarios.

## V.

Y ¿qué se entiende por plagio? Esto se explica bien en teoría, pero es casi imposible discernirlo con exactitud en la vida práctica.

Schiller era un plagiarlo cuando tomaba algún asunto de los romances españoles, y, en vez de mejorarlo, lo echaba á perder.

Pero ¿lo era Rossini, que cuando sus émulos le decían que había tomado lo mejor de Mozart, exclamaba con desprecio: «No, que tomaría lo peor,» y que, si alguno le señalaba los pasajes enteros de otros maestros que él había copiado, decía con orgullo: «Es verdad; ellos los han escrito, pero yo los he hecho aplaudir?»

¿Lo era Calderon de la Barca, cuando, despues de tomar íntegramente el asunto de *La vida es sueño* del tan sabido cuento tradicional del borracho, se inspira y copia sus mejores versos de Lope de Vega, escribiendo la obra más grande de que hacen mención los anales del espíritu humano?

¿Pueden serlo los autores que, trasfigurando las ideas, convierten en poesía lo que suele entenderse por *la vil prosa*?

Yo ántes no lo creía, pero ahora que veo que hay quien lo afirma, lo creo mucho ménos.

Insisto en esta cuestión, porque es de una inmensa importancia literaria.

Es menester que los escritores que, como usted, son jóvenes y cultivan las letras con grande ingenio y honrada intención, hagan prevalecer la doctrina de que los poetas tienen el derecho de ilustrar con los elementos del arte divino por excelencia los pensamientos de los escritores en prosa, ya que muchos de éstos, con el velo de sus perfrasis, no hacen más que degradar pedestremente los pensamientos de los que escriben en verso.

Una idea en prosa es un expósito á quien todo poeta honra dándole su nombre.

¡Jóvenes que os dignais seguir algunas veces mis consejos, agrandad, agrandad el imperio de la poesía, y para daros el ejemplo, yo, con el fin de vestir «mi idea,» siempre tomaré, si quiero, las ideas que necesite de la literatura prosáica, de la historia, de la filosofía, de la botánica, de la física, de la química y de cuantas ciencias he estudiado con este solo objeto! Si el ingenio no pudiese utilizar lo que sabe, ¿qué utilidad tendría el saber?

Conquistemos la libertad del pensar y del decir para esa multitud de escritores jóvenes que podrían retroceder en sus imitaciones ante las amenazas de ciertas fiscalizaciones inquisitoriales, perdiendo en este caso el idioma patrio unas ideas que pueden ser el pan del alma, el alimento de las generaciones futuras. Sin las ideas de las literaturas griega, latina é italiana, ¿cuál sería el mérito de nuestros autores clásicos? Ninguno.

La teoría de la originalidad absoluta es un callejon sin salida del arte. Los poetas más subjetivos, más originales, somos (juro á las personas modestas que digo *somos* afectando un orgullo que no tengo) los menos dignos de ser imitados. Algunos críticos, entre otros el ilustrado Sr. Perojo, me han hecho el honor de encontrar en mí algunas conexiones con el excéntrico Enrique Heine. Efectivamente nos parecemos, segun la opinión del señor Perojo, en lo que se pueden parecer dos personas que piensan de una manera *inversa*. Heine, con su sentimiento algo intelectual, tiene que realizar fuera lo que piensa dentro; y yo con mis filosofías, no siempre necesarias, sintetizo en mi cerebro los contrastes que veo fuera. De lo cual resulta que sus sentimientos, algunas veces vagos, indeterminados y caprichosos, parecen á muchas personas formales verdaderos desvanecimientos de cabeza; mientras que yo, imprimiendo á todas mis producciones las condiciones personales de mi carácter, suelo degenerar un poco en maniático.

Un poeta para ser bueno no necesita ni ser original siquiera. Virgilio, Horacio, Garcilaso y Lafontaine no tienen una sola idea suya, que se sepa, y son los escritores más geniales y más perfectos del globo.

Hoy, sin embargo, el arte, despues del paso por el mundo de Byron, Goethe, Leopardi y Henrique Heine, debe ser la síntesis á donde vengán á confluir todos los conocimientos humanos, todas las ideas esparcidas en letras, artes y ciencias; y todo lo que sea traer al idioma nacional las ideas salientes, las frases hechas y los asuntos fecundantes de los demas países, segun una frase del Sr. Castelar, no será un robo, será una legitima conquista.

Es necesario inculcar á las generaciones que nos

siguen, que en nuestros días un poeta tiene necesidad de estudiar mucho y de ser casi un autor enciclopédico, ó, de lo contrario, hay que renunciar á la esperanza de que en nuestro país haya por ahora escritores con grandeza. Un escritor, en la época actual, tiene que hacer lo que Victor Hugo, que en su larga y gloriosa carrera, consagrada á todos los ramos del saber humano, ménos á la metafísica, ha puesto á contribucion y resumido y plagiado todas las ideas antiguas y modernas, todas las ciencias, las artes y los oficios. Él es el escritor que ha puesto más ideas en movimiento, sin exceptuar á Voltaire, y la enormidad de su genio resultará precisamente de la enormidad de sus plagios. Y ¿con qué derecho lo hace? se me preguntará. Con el derecho indiscutible del talento que legitima todas las apropiaciones, consagrando su adquisicion con la magia del estilo.

Así, pues, ántes que se acaben los pocos días que me quedan de vida, debo un consejo á los jóvenes que han tenido la bondad de aceptar alguno de los géneros literarios que he cultivado en mis ocios, y es que despues de *inventar* una idea trascendental, que será mucho mejor cuanto sea más comprensiva, no se molesten demasiado en vestirla como hacen las arañas sacando toda la tela de su *propia sustancia*. Esto los haría monótonos en el fondo y limitados en sus puntos de vista exteriores. En literatura todo es de todos. Los poetas son arbustos que una misma sávia general la trasforman en flores especiales. No se preocupen mucho de si tales ó cuales ideas secundarias son plagios ó coincidencias. Estas murmuraciones de escritores que, con doscientas palabras y media docena de ideas comunes, nos majan todos los días con la pesadilla de sus artículos y sus discursos, son los herederos de los inquisidores literarios que no dejaron hueso sano á Camoens y Ariosto; son las polillas españolas que aún no han concluido de contarnos los retazos de cuentos castellanos con que Lesage compuso su inmortal novela: esa es la tinta corrosiva que, por querer borrarla, ha contribuido á abrillantar más la gloria de Shakspeare. Ese género es el cultivado por los émulos del gran Molliere, que para poder seguir viviendo con el fruto de su talento, se disculpaba del crimen de plagiarlo con que le querían reducir á la miseria, diciendo:—«Yo tomo lo mio donde quiera que lo encuentro.»—Esos son los falsos amigos de la verdad que, más bien por presunciones malignas que por convicciones críticas, han querido eclipsar la gloria del poeta Homero, rebajándolo á la categoría de un miserable rapsoda.

## VI.

Conjuro á todos los escritores de buena voluntad que con altas miras aplican el compas de su críte-

rio, su imparcialidad y su instruccion á las producciones del ingenio humano, á que, en esta cruzada que se ha entablado contra mí, y que yo haré que dure mucho, se barra del templo del arte ese criticismo estrecho, que parece atacado de la española enfermedad de morirse de envidia de sus hermanos. Un madrigal, una dolora, y á veces hasta un soneto, pueden no necesitar para ser escritos de ninguna informacion exterior, pues en ellos el fondo y la forma suelen nacer al mismo tiempo, como van unidas la concha y la perla. Pero pedir que en un poema se prescindiera de traer al comercio de las ideas los pensamientos peregrinos de otros ingenios, que se hable de personajes históricos ó fantásticos sin copiar los rasgos que los caracterizan, que se popularice la filosofia sin consignar los principios principales que determinan los sistemas, que se hable de viajes sin consultar la geografia y las crónicas locales, es pedir un imposible conociendo á sabiendas esta imposibilidad, es pretender encerrar á los poetas en la cueva de Platon, desde la cual no se veía del mundo externo nada más que la proyeccion de las sombras de los objetos que pasaban por cerca de ella.

El Sr. D. Manuel Alonso Martinez, uno de los juriseconsultos de ideas más amplias y de talento más flexible, en un prólogo á la traduccion de las elegías de Tibulo dice lo siguiente:—«Es inútil buscar en sus producciones el idealismo exagerado y el vuelo audaz de la poesia de nuestro tiempo. Campeador, por ejemplo, y lo cito de propósito porque de véras le admiro, es, sin duda, un gran poeta á quien el porvenir reserva una corona; pero sus fantásticas creaciones, y casi me atrevería á decir sus sublimes extravíos, revelan cuánto abusa de su victoria el libre exámen, sentado sobre las ruinas de sus rivales, hoy arrollados y escarnecidos. Su Drama universal, donde se presentan en escena en extraño consorcio lo divino y lo humano, lo sobrenatural y lo terrestre, la mágia, el espiritismo, la trasmigracion de las almas, el principio cristiano, la supersticion árabe, el pensamiento pagano y las creencias brahamánicas, parece el himno de triunfo que se entona á sí propio el espíritu del hombre, despues de haber escalado el Olimpo. No envuelven mis palabras una censura para mi ilustre amigo. La poesia contemporánea no hace en esto más que pagar un tributo ineludible, obedecer á la ley natural de su desenvolvimiento; y no sería, si no, el reflejo del espíritu filosófico de su época,» etc.

Y ahora pregunto yo: ¿Cómo podría ocuparme de todas esas cosas de que habla mi benévolo amigo el Sr. Alonso Martinez, sin copiar los pensamientos de Pitágoras, Mesmer, Dangis y de todos los historiadores de las civilizaciones pagana, oriental, árabe, y cristiana? Si yo, ni nadie, pudiera hacer esto, no

resolvería el problema pavoroso de Hamlet *ser ó no ser*; esto sería arruinar en la esfera del arte el principio de contradiccion, base de la filosofia, de que *una cosa es imposible que sea y no sea al mismo tiempo*.

Nada, nada; hay que abrir á la juventud las puertas más anchas del porvenir.

Es menester prepararse á respirar el aliento europeo que trae un torbellino de ideas nuevas en forma de ciencias naturales, para que los poetas que vengan despues de nosotros levanten la poesia al nivel de esas ciencias que producirán por necesidad un desborde en todas las manifestaciones del entendimiento, para cuyo trabajo de asimilacion, de perfeccion y de grandeza no se les debe poner más cortapisa que la de *ser poetas y tener estilo*. ¿Qué escritor, aunque fuese tan grande como Virgilio, podría creer hoy, sin ser el escarnio del público, que las abejas nacen de las ijadas de las reses inmoladas á los dioses?

## VII.

En fin, amigo mio, concluyo diciéndole que, aunque yo doy poca importancia á ninguno de los honores de este mundo, le agradezco á usted mucho la noble credulidad con que asegura lo siguiente:

«Pero el poeta vive: acaso ni un gesto de desden se descubre en sus enérgicas facciones; su pluma de oro se desliza sobre el papel sin vacilar un solo instante; nadie tendrá, por fortuna, el remordimiento de haber hecho enmudecer á un gran poeta.»

Repito que le doy las gracias por esta esperanza y este deseo tan lisonjeros para mí. Y, con el propósito de complacerle, mañana mismo voy á empezar á escribir una nueva serie de poemas que se titularán: *La Música; Por donde viene la muerte; Los envidiosos; El arte; Fausto; Nubes de amor*, etc.; todos, por supuesto, completamente originales y completamente nuevos, en donde todas las ideas serán mías, para que vea usted que yo, en materia de versos, escribo lo que quiero y como quiero. Pero ¡qué vergüenza! ¡Otra vez vuelve á apoderarse de mí la maldita vanidad!

Mas de esta nueva serie de poemas podrá resultar una cosa triste para los editores, y es que los poemas nuevos podrán parecer peores que los antiguos, y que el público acaso halle menos atractivo en ver las princesas de la poesia con trajes de pastoras, que en contemplar las fregonas de la prosa vestidas de reinas.

Al concluir ruego á usted que no crea que he escrito esta larga carta para rechazar el estigma de plagiarlo. Al contrario, predique usted á los jóvenes á quienes se acuse de lo mismo, que lo acepten con mucho gusto, con tal que se les declare plagiarlos *dignos de serlo*.

Las ideas no son del que las inventa, sino de quien las perfecciona.

¿Y qué es un plagiario *digno de serlo*?

Por un plagiario *digno de serlo* se entiende, lo que con su buen sentido recomendaba nuestro Ventura de la Vega cuando aseguraba, «que si en literatura es malo *robar*, es la primera de las virtudes la de *robar y matar*.»

Con la mano puesta sobre el corazón le reitera las protestas de su amistad y agradecimiento

R. DE CAMPOAMOR.

## UN ECONOMISTA INGLÉS.

### I.

No hace mucho publicaba la *Revue de Deux mondes* (1) un notable artículo del ilustre escritor M. Laveleye sobre *las nuevas tendencias de la Economía política y del socialismo*, en el que se pone de manifiesto el modo como comprende hoy la ciencia económica su fundamento, su método, su misión y sus conclusiones, separándose de la antigua Economía ortodoxa, que, «como la Iglesia de Roma, tenía su *Credo*.»

En comprobación de este aserto, vamos á hacer algunas brevísimas indicaciones sobre la doctrina que se expone y desenvuelve en las obras (2) de un distinguido economista, perdido, por desgracia, recientemente para la ciencia, hijo de la patria de Adam Smith y de Ricardo y también de Cliffe Leslie y de Thorton, de Mr. Cairnes, profesor que fué de Economía política en la Universidad de Londres.

Hace muy pocos años, la Economía política se ostentaba orgullosa de su posición en el mundo científico: tan satisfecha se mostraba de su valer, de sus adelantos, de la verdad de sus principios y de la excelencia de sus conclusiones, que cuando alguien osaba oponerse á la corriente de su propaganda, lo arrojaba con desden de sus dominios: el socialismo no era una escuela dentro de la ciencia, sino ántes bien algo contrario á ella, creación de la fantasía y destinado á perecer: el proteccionismo era un fruto bastardo de la ignorancia y de la rutina. Y como si no fuera bastante esto, tan segura estaba de sí misma, que, léjos de encerrarse en su esfera pro-

(1) En el número correspondiente al 15 de Julio de este año.

(2) *Essays in political Economy theoretical and applied*, Londres, 1873; *Some leading principles of political Economy newly espounded*, Londres, 1874; *The character and logical method of political Economy*, Londres, 1875; by J. E. Cairnes, L. L. D.,—emeritus professor of political Economy in University College, London.

pia, no traspasando los linderos de las demás ciencias, pretendía imponer á éstas su método y sus tendencias, y parecía como que las consideraba más bien como subordinadas á la Economía que no como coordinadas con ella.

Es muy otro su estado en la actualidad. A la unanimidad ha sucedido la discusión; á la confianza en las conclusiones consagradas, la revisión de todo lo hecho hasta aquí; á la proclamación de principios abstractos, las tendencias *realistas*; á la intransigencia ortodoxa, la discreción y la tolerancia; al espíritu crítico y negativo, el positivo y reconstructor; al prurito de defender y consagrar el régimen económico existente, el vivo deseo de mejorarlo; al aislamiento y predominio de la ciencia económica, la aspiración á relacionarla en estrecho vínculo con las demás; á la preocupación exclusiva por la libertad, por los problemas jurídico-económicos, el interés por las cuestiones puramente económicas; al optimismo de los antiguos economistas, las aspiraciones de los modernos á la reforma y mejora de este orden importante de la vida. De todo esto encontramos pruebas en las obras del economista Mr. Cairnes.

Comienza éste por no hacerse ilusiones respecto del estado actual de la ciencia económica, y léjos de estimar que ha alcanzado su completo desarrollo, dice, contradiciendo una afirmación del coronel Torrens, que no sólo es inexacto que al período de *controversia* haya sucedido el de *unanimidad*, sino que apenas si ha comenzado aquél (3). Por esto, para él las definiciones, las clasificaciones, las nomenclaturas hechas hasta el presente no pueden considerarse como *cimientos*, sino tan sólo como *andamios*, de que hay que ir prescindiendo según que los adelantos de la ciencia los van haciendo inútiles y hasta perjudiciales (4). Una afirmación es consecuencia de la otra. Era natural que cuando la escuela individualista creía haber fijado el concepto, carácter y contenido de la ciencia, surgieran una definición, una clasificación y una nomenclatura, aunque en verdad no había gran conformidad en este punto entre los economistas por falta de rigor lógico en sus investigaciones. Pero de todas suertes, puestas en tela de juicio aquellas ideas fundamentales, principalmente las relativas al carácter, extensión y fines de la ciencia económica, por fuerza habían de resultar estrechos los moldes en que se había pretendido encerrarla. Así, pues, léjos de afirmarse ya las doctrinas como dogmas cerrados y consagrados, es necesario revisarlo todo y someterlo todo de nuevo á discusión.

No se crea por esto que Mr. Cairnes se coloca

(3) *The character*, etc. Introducción, pág. 2.

(4) *The character*, etc., vi, páginas 138 y 148.